



Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 4 – 1 de abril de 2015

José Antonio: «El fervoroso afán de España»

Fernando García de Cortázar

Aquella España de los años republicanos puso en la historia una actitud patriótica que superaba los esquemas inútiles del nacionalismo. La enfermedad que asoló el continente europeo en los años de entreguerras se presentó en las mejores plumas y en los mejores ejemplos vitales de nuestro país como un supremo esfuerzo por devolver España a un destino abatido bajo los escombros de la decadencia política y el desarme moral.

Recuperar una nación que había sido la comunidad más precoz del Occidente moderno no era un ejercicio de vana melancolía ni de turbios manejos reaccionarios. Aunque estos no dejaran de asomar en el egoísmo social de algunos y en la parálisis ideológica de otros, aquel afán de regeneración procedió del desprendimiento, de una extrema sensibilidad por la justicia, de un respeto por la persona, y de un apego a la tradición en la que no descansaba el pasado inmóvil. En ella se encontraban valores permanentes, indicadores culturales de nuestro significado, material indispensable para hacer frente a la inmensa crisis que asoló la civilización desde la Gran Guerra.

Teatro de la Comedia

El 29 de octubre de 1933, José Antonio Primo de Rivera se dirigió a un público curioso y atento en el Teatro de la Comedia de Madrid. Aquel «acto de afirmación españolista» permitió descubrir a un hombre de poderosa honradez, de brío expositivo, de elegancia clásica y voluntad regeneradora. En la literatura política de aquella crisis nacional, es difícil encontrar, en un estilo poético que escapó siempre a la impostación y la cursilería, una posibilidad tan clara de lograr la síntesis entre tradición y futuro, entre repudio al resentimiento de clase y exigencia de justicia social, entre crítica a la corrupción del liberalismo y propuesta de una auténtica representación popular.



Aquella no era la voz del conformismo ni la del títere sin alma de los privilegiados. Aquella era la voz de un hombre entero, de un español que acababa de entrar en la madurez y que afrontaba sin falsa modestia y sin jactancia la responsabilidad de una movilización nacional. Sus reproches a la insensibilidad social de las clases dirigentes fueron atroces, y no lo fueron menos sus ataques a la falta de sensibilidad patriótica de quienes con su egoísmo estaban conduciendo a la disolución de España. No era, desde luego, el heraldo del inmovilismo quien hablaba aquella tarde de otoño en Madrid, pero tampoco de los que pensaban que la historia era un pasado al que podía renunciarse.

La violencia extrema de una época y las tentaciones totalitarias que envilecieron la ruta de Occidente en aquellos años fueron anulando el inmenso potencial de aquella postura. José Antonio fue gestor y víctima de una radicalización que empezó por negarle a él mismo la calidad de su conducta personal y el vigor popular de sus propuestas. Por fortuna, sus palabras siguen ahí, aunque fueran manoseadas y desvirtuadas por quienes se rieron de él desde el principio, para convertirlo después en un mito cuya ejemplaridad se empeñaron en desactivar.

Y ese mensaje de denuncia, de echar en cara a sus compatriotas su carencia de sentido de servicio y el desdén ante la misión universal de los más profundos valores de España, conmueve aún a quien lo lea sin prejuicio, lamentando que tan alta visión fuera cautiva de la pugna estéril y el conflicto inútil que tendió el cuerpo de nuestra nación en la mesa de operaciones de una trágica guerra civil. Cuando llegó el momento de afrontar su responsabilidad ante el drama de 1936, aquel hombre que iba a morir suplicó a Dios que su sangre fuera la última en verterse en querellas de este tipo. Ante el tribunal popular dijo que habría sido posible encontrar las vías de entendimiento para la convivencia de los ciudadanos de una gran nación. No había ingenuidad ni oportunismo en aquel testimonio, sino la conciencia de un fracaso personal, de un fin de ciclo colectivo, que echaba por tierra las ilusiones de toda una generación.

Cuando quedaba esperanza

Pero, tres años antes de esa noche de angustia en la cárcel de Alicante, tres años antes de esa víspera de espanto, de amargura por el sacrificio en masa de los españoles, José Antonio estaba lleno de esperanza: «queremos menos palabrería liberal y más respeto a los derechos del hombre. Porque solo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros lo estimamos, portador de valores eternos». Estaba lleno de impaciencia: «Cuando nosotros, los hombres de nuestra generación, abrimos los ojos, nos encontramos con un mundo en ruina moral». Estaba lleno de protesta ante la injusticia: «Hemos tenido que llorar en el fondo de nuestra alma cuando recorríamos los pueblos de esta España maravillosa».

Estaba lleno de orgullo por la dignidad última de los humildes y explotados: «Teníamos que pensar de todo este pueblo lo que él mismo cantaba del Cid al verle errar por los campos de Castilla, desterrado de Burgos: ¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor!». Estaba, sobre todo, lleno de ilusión ante la posibilidad de rectificación que se invocaba, ante el llamamiento a la unidad de los españoles honestos, de la nación capaz de restaurarse, de la patria con fuerza para incorporarse a un futuro de convivencia y de progreso: «Yo creo que está alzada la bandera. Que sigan los demás con sus festines. Nosotros, fuera, en la vigilancia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas».

No iba a ser la suya la última sangre que se derramara en una contienda civil. Pero sí iban a ser sus palabras, rescatadas del sumidero del oportunismo y de la lacra de la deformación, las que podemos leer como un ejemplo más de aquel «fervoroso afán de España». Una voz entre tantas, que alzaron la que debía haber sido una sola bandera: la de la justicia, la libertad, la afirmación nacional, el impulso por construir un destino común.

Tomado de *ABC*

Razones para una actualidad

Manuel Parra Celaya

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación

Los españoles hemos sido objetos –y nunca mejor empleado el término– de una maquiavélica operación de los expertos de la *ingeniería social* para hacernos olvidar nuestra historia, cuando no para menospreciarla o recibirla fraccionada o tergiversada.

Acontecimientos y personajes que, en otras naciones, hubieran sido atendidas con interés o especial atención han desaparecido aquí por el escotillón de los planes de estudio y de las aulas; hágase la

prueba comparando los conocimientos sobre su pasado colectivo de un escolar británico, francés o norteamericano, pongamos por caso, con los de un alumno de nuestra ESO, que suele desconocer, ya no la datación aproximada, sino la especial significación que tuvieron las Navas de Tolosa, Lepanto o el asesinato del general Prim. En unos casos, puede atribuirse a la malhadada cesión de las competencias educativas a las Comunidades Autónomas en manos nacionalistas; en otras, a los efectos de un sectarismo de partido o, simplemente, a la desidia interesada.

Con todo, hay temas que, aunque no figuren en el currículo escolar, han resistido este barrido de nuestra historia y uno de ellos es la figura de José Antonio Primo de Rivera, que parece cobrar más actualidad a medida que avanzamos en el siglo XXI. El número de obras sobre él editadas en los últimos tiempos supera con mucho al del que existía a disposición del público durante el régimen anterior; y, por supuesto, el interés actual por el personaje no tiene parangón con el que se demuestra hacia quienes compartieron con él cierto protagonismo histórico en aquellos años.

Así, en este primer trimestre de 2015 se han expuesto en las librerías dos libros más: *Rosas de plomo*, de Jesús Cotta Lobato, sobre la amistad del Fundador de la Falange y el poeta Federico García Lorca, y *Las últimas horas de José Antonio*, de José María Zavala, que fue entrevistado por Iker Jiménez, ante las cámaras de *IV Milenio*, y por Carlos Herrera en *Onda Cero*. Además, va por la tercera edición *El último José Antonio*, de Francisco Torres. A esta obra impresa podemos sumar el al parecer próximo estreno del musical *Mi princesa roja*, de Álvaro Sáenz de Heredia en un céntrico teatro madrileño.

Un simple análisis del mercado desmiente de antemano que mis palabras representen un panegírico propagandístico – que sería legítimo pero sin duda pasado por alto por los lectores en aras de la objetividad– pues es evidente que ni editores ni empresarios teatrales se mueven por asomo alguno de romanticismo.

Como tampoco se movía por romanticismo el propio Primo de Rivera, y quizás esté en ello una de las claves de la persistencia del interés del público por su persona, a los casi ochenta años de su fusilamiento en Alicante; por el contrario, tanto su biografía como su pensamiento pueden inscribirse dentro de los cánones del más sólido clasicismo, como reconoció Eugenio d'Ors al otorgarle el título de *novecentista*.

Otra razón puede estribar en sus sólidas creencias católicas, que dan fundamento a toda su teoría, recordándonos aquello que afirmaron personajes tan dispares como Proudhon y Balmes de que toda política descansa, en el fondo, sobre lo religioso; José Antonio fue consecuente, en su vida y en su muerte, con su credo, lo que no puede dejar de extrañar en momentos de relativismo y de nihilismo. Por supuesto, un motivo de atracción está en sus ideas de transformación radical de estructuras sociales y económicas que reputaba –como lo siguen haciendo muchos ciudadanos de hoy– de injustas.

Tampoco se pueden descartar las sólidas fuentes en que bebió en busca del rigor intelectual para sus planteamientos, lo que, unido a su brillante base jurídica profesional, le hizo merecedor del elogio de propios y extraños; citar a los primeros podría resultar reiterativo, no así los segundos: Abad de Santillán, Manuel Azaña, José Bergamín, Santiago Carrillo, Rosa Chacel, Buenaventura Durruti, Largo Caballero, María Teresa León, Madariaga, Martínez Barrio, Ian Gibson, Stanley G. Payne, Hugh Thomas, Paul Preston...

Para no alargarme, permítanme citar dos buenas frases sobre el personaje. La primera, de Javier Reverte: «*Su retrato personal continúa siendo un enigma que, tal vez, nunca llegará a aclararse*»; posiblemente, el excelente periodista y novelista dispondrá ahora de más datos... La segunda, del



Monumento a los Caídos (Santander)

maestro Enrique de Aguinaga, que, en sutil paradoja, le atribuye el «fracasar con éxito»: fracasar por no haber evitado una guerra civil; fracasar por no haber conseguido en la práctica la síntesis de los valores necesarios de la derecha y de la izquierda; fracasar por no haber visto cumplido su ensueño de «armonizar al hombre con su entorno». Esperemos que, por lo menos, no fracasara en el deseo expuesto en las últimas líneas de su Testamento: «Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles».

Tomado del *Diario Ya*

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de socios y amigos. Por ello te invitamos a colaborar en nuestras modestas finanzas. Pincha en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

La otra «memoria histórica»

José M^a García de Tuñón Aza

Algún o algunos herederos ideológicos de aquellos que en el año 1934 quemaron el edificio noble de la Universidad de Oviedo fundada en el siglo XVI por Valdés-Salas, tuvo la infame idea de arrojar, hace pocos días, un bote de pintura roja, como se ve en la fotografía que ilustra este pequeño comentario, sobre la pared de piedra de un monumento que recoge los nombres de todos aquellos catedráticos, profesores y alumnos muertos, algunos asesinados, pertenecientes a la citada Universidad durante la pasada guerra civil española y que se encuentra ubicado al lado del jardín de la reina Isabel situado dentro del edificio.

Todos recordarán al Partido Socialista vociferando por toda España aquel eslogan de *Cien años de honradez*, pero callan ahora, intencionadamente, esta barbaridad cometida por algún demente, de la misma manera que callan también lo que significó aquella revolución de octubre 1934 que, rompiendo con toda la legalidad vigente, provocaron una revolución sangrienta que dejó más de mil muertos y entre ellos, en Asturias solamente, el asesinato de 34 religiosos. Asesinatos que no tenían ningún sentido y que solamente fueron provocadas por el odio. Odio que volvió a resurgir con la ley de la memoria histórica que nos trajo el nefasto Zapatero, el peor



presidente que tuvo España en toda su historia, y que los actuales *peperos* no han querido meterse con ella. Han borrado de todos los callejeros españoles, por ejemplo, las calles que llevaba el nombre de *División Azul* y, sin embargo, las han llenado con el nombre de *Brigadas Internacionales* que sólo vinieron a España a matar españoles. Es un contrasentido, pero es la realidad que también ha admitido la derecha.

Pero volviendo a lo que también se llamó Revolución de Asturias, hemos de anotar que entre las víctimas que causó no hubo ni un solo capitalista a los que su propaganda demagógica decía que había que eliminar porque estaban explotando al pueblo. Tampoco incendiaron ni dinamitaron ninguna fábrica propiedad de esos mismos explotadores. Lo único que hicieron fue dinamitar varios edificios y lugares sagrados, entre ellos, y dentro de la catedral de Oviedo, su Cámara Santa, construida en el siglo IX y que albergaba el arca de madera que contenía las reliquias que los cristianos habían traído de

Jerusalén cuando los musulmanes invadieron Palestina. También dinamitaron la Universidad, la que ahora una parte han teñido de rojo, y donde en el incendio se perdieron para siempre 55.000 libros y cuadros de Zurbarán, de Ribera y de otros pintores estimables del siglo XVIII y XIX, dejando solamente en pie la estatua de su fundador Fernando Valdés Salas. .

La verdad y los nacionalismos

José M^a Adán García

Abogado

Después de profunda reflexión sobre este tema, hemos de llegar a la conclusión, que anticipo, de que los nacionalismos, por su propia naturaleza, distorsionan la verdad, la relativizan y terminan siendo claramente contrarios a ella.

Claro es que esta afirmación tan rotunda puede inmediatamente intentar ser controvertida desde ángulos muy diversos. Principalmente desde dos perspectivas filosóficas: el relativismo histórico y el individualismo, que quizás en el fondo no sean más que una misma cosa.

El relativismo histórico, porque si admitimos que no existe una verdad objetiva en la historia y en la convivencia de los pueblos, y que todos los hechos, independientemente de la realidad y de su naturaleza, pueden ser retorcidos para adaptarlos a la visión parcial o interesada de un grupo, difícilmente podremos llegar a una conciencia histórica más allá de la aldea o del grupo racial o lingüístico.

Desde el individualismo, porque el individualismo no es sólo un fenómeno a considerar desde la perspectiva de las personas, sino también desde la de los pueblos o comunidades donde naturalmente se integran.

Sin embargo, el hecho de que los nacionalismos sean una consecuencia del relativismo histórico y del individualismo colectivo, implica ya una visión clara de que suponen una regresión de lo universal a lo particular.



Es un acentuamiento de las diferencias «frente» a las coincidencias, que poda las raíces y las ramas de la ejecutoria histórica de un pueblo, aunque éstas sean profundas o frondosas, para que no tengan relación o nieguen la existente con otros pueblos hermanos o con un mismo pueblo dividido entre sí. Tratan de propugnar el individualismo excluyente e insolidario de un pequeño grupo frente a los demás.

Ambas actitudes terminan por asfixiar al propio pueblo que las utiliza. A base de cortar las ramas de su propia historia, convierten la trayectoria histórica en una prospección estéril, cuando no ridículamente falsificada, vista desde una perspectiva más amplia. Termina siendo una pura fantasía aldeana a la que falta precisamente los aspectos de mayor grandeza. Por otra parte, el individualismo insolidario de un grupo frente a los demás termina por propugnar de tal manera la exaltación de las diferencias, que para que éstas sean sólidas se ve obligado a imponerlas a rajatabla dentro de su propia y disminuida comunidad. Cada día son

mayores las exigencias de implantar obligatoriamente tradiciones muchas veces inexistentes; obligar a hablar un idioma minoritario imponiéndolo incluso a los de otras procedencias; defender y participar en lo diferente pese a la amarga mutilación que ello puede suponer respecto a convivencias milenarias más amplias. A veces llegan a resentirse incluso las relaciones culturales, económicas -como ya está ocurriendo en bastantes aspectos entre la Comunidad Valenciana y Cataluña-, por qué no decirlo, humanas que es sin duda lo más doloroso.

La exaltación de las diferencias y la necesidad artificial de sostenerlas y arreciarlas cada día desemboca normalmente en un totalitarismo fascista. «Una Lengua, un Pueblo, un Estado, un Jefe». Una vez establecida la dictadura, por la propia naturaleza reductora de lo diferente, el nuevo grupo nace empujado y sin espacio vital suficiente. Inmediatamente se produce las ansias de expansionismo. El imperialismo es una consecuencia natural del fascismo y ambos un fruto del nacionalismo.

Así se barrunta ya en España respecto al nacionalismo vasco en relación con parte de La Rioja, Santander y sobre todo Navarra, que hasta en Internet han incluido como propio contra la reiterada voluntad de los colectivos afectados. Así ocurre también respecto a Valencia, Baleares, parte de Aragón y alguna zona de Murcia, en relación con Cataluña, lo que ha motivado la reacción popular más contundente de la historia de la Comunidad Valenciana.

Ello, o sea el totalitarismo interior y el expansionismo exterior, desencadenan dos clases de violencia, y como toda acción produce una reacción de signo contrario, la resistencia más o menos pasiva de los ciudadanos obligados contra su voluntad a «inmersiones» y la defensa incluso violenta de las zonas que se pretende absorber.

De ahí que podamos deducir que los nacionalismos generan además de dictaduras y de acciones expansionistas, violencia que atenta a la libertad individual y de los pueblos. Ejemplos internacionales no nos faltan: es el caso de Bosnia respecto a los pueblos de la antigua Yugoslavia, el de Chechenia, el de los países satélites de Rusia, el del Ulster, los Tamiles, etc.

Una entidad como los nacionalismos, que se fundamenta en el relativismo histórico y en el individualismo insolidario, y que desemboca en la dictadura sea cultural, lingüística o política, y en la violencia expansionista, no puede tener una relación ni histórica ni metafísica con la verdad. Desde esta perspectiva la verdad histórica deja de ser una entidad permanente.

«Por sus obras los conoceréis», y las obras de los nacionalismos son evidentes en la realidad de cada día. De momento, en lo que respecta a nuestro país, sus resultados más evidentes son las bandas asesinas de ETA y de TERRA LLIURE, y el chantaje permanente al gobierno de la Nación para, con la amenaza de la autodeterminación repetida hasta la monotonía, conseguir ventajas y privilegios frente al conjunto de la ciudadanía. En definitiva, poner en peligro la vertebración de una sociedad que desde la España Ibera, la Hispania Romana, la Monarquía Visigoda, la España Musulmana, el Estado Unitario de los Reyes Católicos, la hazaña espiritual, cultural y política del Imperio Español, y la realidad de la Hispanidad, ha supuesto 2.000 años de historia compartida. «Por sus obras los conoceréis». No puede ser verdad algo que produce tales efectos.

Por eso Su Santidad Juan Pablo II ha podido decir recientemente que «la regresión nacionalista es culpable de la injusticia en el mundo».

Por eso también, en el número 46 de la revista «Encuentros», correspondiente a junio de 1997, J.J.B., rememorando la posición dialéctica de Alejo Vidal Cuadras, ha podido decir que «en los nacionalistas el sueño de la identidad nacional engendra monstruos de particularismo agresivo [...], que el nacionalismo particularista supone contradicción en sus propios términos [...] son los primeros interesados en cortar a cualquier precio el discurso identitario por encima del punto donde empieza la pérdida de masa crítica».

Superar los nacionalismos como un mal intrínseco de la sociedad de nuestro tiempo, contrario a la verdad objetiva, desarticulador de los intentos históricos más generosos de integración y de universalismo, para regresar a los particularismos excluyentes, a lo diferente frente a lo comunitario, para aceptar la verdad en toda su grandeza, sin necesidad de cortar raíces, ni ramas, no es una tarea fácil.

En el fondo es recuperar al hombre en su dimensión social. Porque si aplicamos el individualismo y el relativismo hasta sus últimas consecuencias, estamos creando un monstruo, un hombre célibe y expósito, capaz en su separatismo del conjunto social al que pertenece, de negar la familia, de propugnar el aborto, y de no tener otro objetivo que la ética del confort y del consumismo.

El hombre es un ser sociable por naturaleza, y si lo convertimos en separatista de su contorno vital

familiar, pueblo, patria, le estamos haciendo regresar a la prehistoria, a la idea de Hobbes de que «el hombre es lobo para el hombre».

Igual que ocurre con los individuos, ocurre con los pueblos. Si el hombre aspira por naturaleza a integrarse en unidades de convivencia, los pueblos, conforme alcanzan niveles más altos de su propia conciencia, aspiran a interrelacionarse con otros pueblos e integrarse en una tarea común, en lo que diría Ortega «un proyecto sugestivo de vida en común».

Querer cercenar esta tendencia escatológica superadora de los individualismos y de los relativismos, para poner como único vínculo las cosas elementales como la lengua, el paisaje, las costumbres, la tierra, es fácil para la demagogia separatista, porque todas esas cosas entran por los sentidos.

Elevar el sentido social del hombre y de los pueblos hacia una integración superior, superadora de lo físico, de lo telúrico, de lo ancestral, para llevarlos a los caminos de la historia compartida, de las misiones colectivas, de la solidaridad de la Nación, de la universalidad, es precisamente lo difícil, pero es lo verdadero, si partimos de la base de que la sociabilidad, la solidaridad, la espiritualidad, la racionalidad, son inherentes a la naturaleza humana.

Así lo dijo recientemente el catedrático Lamo de Espinosa al negar que la identidad de lenguas fuera sinónima de identidad de naciones. Así lo dijo también ya en 1870 Foustel de Coulanges que consideraba «la Nación no como definida por caracteres físicos sino como comunidad de ideas, de intereses, de afectos, de recuerdos y de esperanzas». Así lo ha mantenido siempre la cultura europea más genuina que frente a la doctrina alemana y en el fondo racista de Fietche, plantean la Nación como «un pacto de voluntad basado en valores universales».

Así lo dice fundamentalmente ese gran pensador que fue José Antonio Primo de Rivera cuando afirma que «la persona es el individuo considerado en función de la sociedad, la Nación es el pueblo considerado en función de la universalidad».

Frente a la demagogia fácil de exaltar los caracteres diferenciales casi físicos -porque históricos no pueden ser, ya que la historia de España ha sido tremendamente compartida entre todos sus pueblos-, no es buena política promover los caracteres también físicos de un nacionalismo centralista. Aunque carente de sus resultados desvertebradores totalitarios y violentos, el tratar de uniformar lo vario estaría también falseando la realidad. Es necesario sobre la base de una realidad objetiva de carácter histórico y de la presencia universal de lo español, levantar un nuevo proyecto sugestivo de vida en común que, superando la mediocridad de lo pequeño, nos lleve otra vez a cumplir destinos universales.

Tomado de *Altar Mayor*

Testimonio ante el juez

Fernando Sánchez Dragó

Escritor

Señor juez quiero prestar testimonio en el proceso abierto contra los crímenes del franquismo. Todos los testigos llamados a declarar son de cargo. Yo lo seré de descargo. Le expongo mis antecedentes: en septiembre del 36 pasearon a mi padre en Burgos, mi tío paterno fue condenado a muerte al terminar la guerra y pasó varios años en la cárcel, yo mismo di con mis huesos en ella, fui detenido en no pocas ocasiones, sufrí cinco procesos, permanece un total de diecisiete meses en Carabanchel y casi ocho en prisión domiciliaria, estuve seis años en el exilio... ¿Le basta con eso? ¿Admite mi testimonio? ¿Me reconoce la condición de víctima del franquismo? ¿Tengo derecho a hablar o me sentará, por parecerle facha, en el banquillo? Le recuerdo que, a diferencia de muchas de las personas llamadas por usted a declarar, mi testimonio no es de oídas. Soy testigo presencial de los supuestos delitos que se juzgan y de la época en la que se cometieron. No pueden decir otro tanto Almodóvar, Javier Bardem, Juan Diego Botto o Almudena Grandes, y menas aún los bisnietos de las presuntas víctimas. Recuerde asimismo que mis palabras no son fruto de ideología, por carecer yo de

ella, ni del afán de medro. Al contrario: pueden costarme caras Nada tengo que ganar y sí mucho que perder. ¿Por qué, entonces, me meto en la boca de lobos que no son feroces, pues con sus plañidos sólo quieren estar cara al sol que más caliente? Se lo explicaré: vengó aquí movido por la indignación que tanta mentira me produce. Las cosas no fueron como sus testigos las cuentan. Yo estuve muchas veces en correos y nadie me torturó. Todos los españoles, todos, fueron víctimas de unir guerra cuya estúpida crueldad se divide a partes iguales entre los Hunos y los Hotros, Y en canto a la posguerra, cierto es que los años del franquismo lo fueran de sombras para algunos, sobre todo al principio, pero también de luces para muchos. Y aun me atrevería á decir, jugándomela, que las segundas fueron más que las primeras. En la España de Franco que conocí sólo sufrían persecución quienes desde posturas radicales –las mías, por ejemplo– y buscando pelea se enfrentaban al Régimen. Créame si le digo que éramos pocos. Mis recuerdos lo son de un país abierto, alegre, divertido y más libre, den lo menudo, que el de ahora. Basta de mentiras. No reabra trincheras. No dé vivas a la República, que lo fue de infamia. Sobresea al asunto. *¿Habeas corpus?* Pues aquí está el mío, señor juez. *Ecce homo.*

Azul y rojo

Eduardo López Pascual

Oíd todos, hoy he bebido de tu color azul,
de la imagen serena que siempre recuerdo;
y he saciado mis labios con ese neto matiz
que se adivinaba en tus ojos tan presentes,
son emociones que envuelven los cuerpos
de todos mis hermanos, y mis camaradas
en esas mañanas prometidas de cara al sol,
que un poeta nos dio como prueba de vida.
He acariciado también aquella suave tela
de mi vieja camisa proletaria, llevada con
netos afares para encontrar otros lugares,
acaso una realidad nueva y diferente, que
los nuevos compañeros cantarían con amor.
He sabido por fin, de los gestos del amigo,
el testigo que nos entregara su fe completa
con esa sencillez perseguida en cada tarde,
cuando ya no vuelan las palomas blancas
que anunciaran tus palabras, José Antonio,
cuando solamente nos habitan los olvidos,
y la noche se desploma con el grave dolor
de aquellas albas ilusiones desvaneciendo
en amaneceres sin lunas lorquianas, solo
luceros en almas con extraordinario éxtasis.

Probablemente muchos de nuestros lectores no han tenido la oportunidad de leer libros condenados a la hoguera desde hace décadas pero están interesados en su lectura. Pueden acceder a ellos adquiriéndolos de segunda mano, a buen precio, consultando IberLibro.com, donde encontrarán información de los que están a la venta en cualquier punto de España o del extranjero, pudiendo comprarlos por correo.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.